

## III. LITERATURA, FILOSOFÍA Y RELIGIÓN

*L'initiation*, I. *Les rites d'adolescence et les mystères*; II. *L'acquisition d'un savoir ou d'un pouvoir. Le lieu initiatique. Parodies et perspectives*. Actes du Colloque International de Montpellier (11-14 avril 1991), vols. I y II, 1992, 326 y 318 pp.

Estos volúmenes reúnen las investigaciones presentadas ante el Coloquio internacional sobre «Iniciación», celebrado en la Universidad de Montpellier en abril de 1991, encuentro del que participó un nutrido grupo de especialistas procedentes de diez países. Dicho coloquio formó parte de las actividades que se desarrollan en la citada Universidad, en el marco del Seminario de Estudios de Mentalidades Antiguas (SEMA).

La visión que orienta las cuarenta y una comunicaciones que dan forma a los volúmenes en cuestión, es pluridisciplinar, por lo que el lector hallará en ellas aproximaciones antropológicas, literarias, histórico-mitológicas y, entre otras, las que competen al ámbito de la filología clásica. No obstante lo variado de su temática, predominan los trabajos vinculados con la antigüedad greco-latina.

En las «Palabras liminares» el profesor Alain Moreau refiere que estos trabajos, amparados en una perspectiva de interpretación de la iniciación ya clásica merced a los estudios de Van Genep, H. Jeanmaire, M. Eliade y J. Ries, están agrupados en tres secciones, en atención a tres categorías de tránsito o pasaje: 1) iniciación de adolescentes, 2) iniciación del μύσθης y 3) iniciación profesional.

El primero alude a una suerte de iniciación que compete al pasaje del mundo de la infancia a la edad adulta y que tiene lugar en sitios recoletos; el segundo, reservado a quienes entran en una secta o sociedad religiosa de carácter esotérico en la que, una vez cumplido el ritual, es posible el tránsito de lo profano a lo sagrado, y el tercero, la que compete a iniciaciones profesionales, donde se analizan, entre otros casos, las de los chamanes, de los sacerdotes, de los guerreros e incluso las de los poetas.

Tales iniciaciones aluden a una suerte de metamorfosis espiritual por medio de la cual se muere y renace a un estado diferente; el tránsito de un estado a otro sucede en sitios singulares —una gruta o caverna, la κατάβασις al mundo infernal, el extravío en un laberinto, encuentro con monstruos y, finalmente, una ἀνάβασις revelatoria.

La simbólica del pasaje sucede en variados rituales que ofrecen similitudes en culturas diferentes que no presentan entre sí parentesco alguno, circunstancia que ha llevado a los exegetas que se ocupan de la historia de las religiones a formular la teoría de los universales.

En cuanto a la temática de estos trabajos es variada: «Ritos arcaicos», «Homero», «Ritos místéricos de adolescencia: Dioniso», «Misterios propiamente dichos», «Los profesionales», «El escritor como iniciado e iniciador», «El lugar iniciático», «Parodias iniciáticas» y «La iniciación hoy». En lo que atañe a los intervinientes, *brevitatis causa*, sólo mencionaremos los trabajos que nos han resultado más significativos: A. Moreau y su examen del pasaje de Telémaco (*Od.* XXI 101-139); C. Jourdain-Annequin, a propósito de Heracles; J. Bremmer, «Dionysos travesti»; R. Turcan y su interpretación de los misterios dionisiacos en la época helenística y romana; J. Thomas con su exégesis de la *Eneida* como «relato iniciático»; N. Fick a propósito de la «metamorfosis iniciática»; Cl. Calame con su análisis de las «praderas incontaminadas y los jardines de Afrodita» en tanto que espacios iniciáticos; M.-J. Bataille y los lazos entre iniciación y psicoanálisis o el trabajo de S. Vierne que se ocupa del mito iniciático en la actualidad. De España participó C. García Gual a propósito de la iniciación en Dafnis y Cloe.

MADER, WALTER.—*Die Psalms-Oden Pindars (O. 4 und O. 5). Ein Kommentar. Commentationes Aenipontanae, XXIX.* Innsbruck, Universitätsverlag Wagner, 1990, 120 pp.

Se trata de una versión reelaborada de la tesis doctoral del autor, leída en 1988 en la Universidad de Innsbruck y dirigida por el Prof. Erich Thummer. Dada la corriente interpretativa en que se sitúa, se parte del convencimiento de que el fundamento del epinicio es la alabanza del vencedor, hacia la que convergen todos los componentes de aquél, y de que la exégesis pindárica debe partir de una interpretación esencialmente interna de su obra, es decir, τὰ τοῦ Πινδάρου ἐκ τοῦ Πινδάρου σαφηνίζειν, principio que aquí se aplica estrictamente. La obra adopta, pues, la forma de un comentario línea por línea y palabra por palabra de las odas en cuestión, con un exhaustivo cotejo con todos los pasajes pindáricos en que reaparece cada tema o concepto (*O. IV*, pp. 15-58; *O. V*, pp. 59-101). Le sigue una traducción de ambas odas (pp. 103-104), una 'Synkrisis' de las mismas (con diagramas comparados y cotejo de las distintas partes y sus temas) y una toma de postura respecto a la cuestión de la autenticidad de la *O. V* (pp. 109-113), defendida por el autor.

La calidad del comentario es alta y la interpretación sumamente razonable en términos generales. Una de las principales virtudes de esta obra es su contribución al conocimiento del *estilo* pindárico, en un sentido amplio, algo que quizá parezca sorprender a estas alturas. Ello se debe a la exhaustividad del análisis formal (véanse, por ejemplo, las observaciones sobre aspectos fónicos o sobre el uso y disposición de los nombres propios, sobre distribución estructural, etc.) y a lo acertado (al menos, a nuestro parecer) de las interpretaciones de contenido. Dicho de otro modo, independientemente del acuerdo que se pueda tener con la metodología 'bundista' como punto de partida, el rigor y la moderación de su aplicación en este caso da un resultado positivo. Otra de las contribuciones notables es la observación del carácter *complementario* de ambas odas, muy importante para la aceptación de la autenticidad de la *O. V*. A estas dos contribuciones generales se suman bastantes aciertos y brillantes observaciones parciales (véanse, por ejemplo, las que se refieren a 'das Bild des Opfers' pp. 72-73, el comentario del mito de *O. IV*, pp. 55-58, etc.).

Lógicamente, el comentario de cada verso o pasaje no despierta siempre la misma adhesión por parte del lector. Por ejemplo, se hace un uso a nuestro juicio algo abusivo del concepto de *ambigüedad* (cuya presencia, por otra parte, en el estilo pindárico tampoco puede negarse). Así, en *O. IV* 2 se ve esta propiedad en el participio ἐλισσόμενοι (dicho de las Horas), ya que podría indicar tanto el concepto de «danza» («evolución») como el de «ciclo»: no creemos que la expresión que acompaña al participio, ὑπὸ ποικιλοφόρμιγγος ᾠοιδῶς deje mucho lugar para la ambigüedad. En algún punto la discusión no aporta demasiado: en pp. 30-31 se hacen detalladas observaciones sobre ἀλλά, para concluir que en Píndaro tiene los valores que recoge Denniston.

De los dos pasajes más problemáticos para la interpretación de estas odas, *O. IV* 10b-11 y *O. V* 12-13, compartimos la defensa de los genitivos Ψάμιος y ὀχέων del primero, pero no la propuesta (totalmente innovadora) que se da para resolver el segundo, a pesar de que no carece de atractivo. El autor se sitúa en la línea de quienes ven una coordinación entre los verbos ἀείδει y κολλᾷ, con un mismo sujeto, Psalms, pero con una notable diferencia en la forma de entender el significado. Para M. continúa el motivo del «canto dentro del canto», ya que lo que «une» en su entonación Psalms es una referencia a un ἄλσος distinto con la del primer ἄλσος de Palas; ταχέως implicaría un «rápido» cambio de tema en el contenido del canto. Para nosotros la principal dificultad reside precisamente en ese valor que se asigna al adverbio de modo, que encontramos inadecuado y fuera de contexto y mucho más apropiado para describir el raudo fluir de los canales del Híparis. Incluso admitiendo que Psalms sea el sujeto, nos parecería más aceptable una interpretación en el

sentido de ver una alusión a la labor reconstructora de Camarina por el *laudandus*, llevada a cabo «sin pausa». No obstante, la defensa de la propuesta constituye también un ejemplo del buen hacer filológico del autor.

La bibliografía es completa en lo que se refiere a las odas en cuestión, quizá un tanto limitada respecto a términos aquí tratados (ἀρετή, ὄλβος, etc.). Alguna omisión: las observaciones de G. Vallet sobre *O. V* 10-14 en *Entretiens Hardt* 31, 1985, pp. 294-29B; la obra de W. Mullen, *Choreia*, Princeton 1982 y alguna más; no es muy generoso el autor con la bibliografía italiana.

No hay erratas, pero sí algún pequeño desliz. En p. 44 se cita por el nombre a G. A. Privitera, pero no aparece en la bibliografía. Se refiere sin duda a su edición, *Pindaro. Le Istmiche*, Milán 1982. El profesor Fernández-Galiano (apellido compuesto) es citado como Fernández (pero quizá ya era mucho pedir). De la construcción inicial Ἐλατῆρ ὑπέρτατε βροντᾶς ἀκαμαντόποδος Ζεῦ se dice que sus cuatro primeras palabras están en ordenación paralela a b a b (p. 15), cuando, si no nos equivocamos, procede describirlas como a a b b.

La última observación que queremos hacer es sobre un aspecto que el autor trata algo de pasada (debido al método seguido). En pp. 32-33, a propósito del lugar de interpretación de la *O. IV M.* se limita a recordar la opinión de Fernández-Galiano sobre lo difícil que resulta deducirlo a partir del texto, a falta de otros datos. Sin embargo, la propia hipótesis de la «complementariedad» de ambas odas, bien defendida por el autor, y los comentarios que se dedican a determinados pasajes de cada una de ellas, proporcionan, a nuestro juicio, argumentos suficientes para asignar a la *O. IV* una entonación en Olimpia y a la *O. V* en Camarina (cf. esta misma propuesta en el esquema de p. 275 de E. Krummen, *Pyrros Hymnos*, Berlín-Nueva York 1990). La cuestión no carece de importancia y no pensamos con el autor que sea «irrelevante» (p. 32) la localización del contexto, ya que eso supone prescindir de la funcionalidad de algunas de las menciones y motivos más importantes de estas composiciones. Zeus en la *O. IV* y Palas Atenea en la *O. V* no son invocados (y menos de la forma en que lo son) por pura convención poética. Pero no sólo esto, sino que así podemos explicar, por ejemplo, por qué la *O. V* es mucho más «local» y su alabanza se hace en términos tan concretos (el autor observa en p. 75 que el elogio de Camarina en vv. 9-14 no tiene paralelo en cuanto al detalle).

En cualquier caso, el comentario es valioso y útil, como dijimos al comienzo, y pasa a ocupar, con razón, un lugar muy digno en la crítica pindárica actual.

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE

THIEL, KARSTEN.—*Erzählung und Beschreibung in den Argonautika des Apollonios Rhodios. Ein Beitrag zur Poetik des hellenistischen Epos.* Palingenesia, Bd. 45. Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1993, 263 pp.

Este trabajo, versión revisada de una Tesis Doctoral (Univ. de Trier 1992), estudia la narración y la descripción en las *Argonáuticas* de Apolonio, un aspecto del que en parte y de modo simultáneo se han ocupado también otras monografías (cf. M.F. Williams, *Landscape in the Argonautica of Apollonius Rhodius*, Francfort, 1991; P.H. Gummert, *Die Erzählstruktur in den Argonautika des Apollonios Rhodios*, Francfort 1992; F. Manakidou, *Beschreibung von Kunstwerken in der hellenistischen Dichtung*, Stuttgart 1993, pp. 102-173).

El libro consta de una parte introductoria («Theorie und Methode» pp. 1-31), donde el autor presenta su método de análisis y trata de precisar el concepto de ἔκφρασις. Tras repasar las teorías antiguas (Teón, Hermógenes, Aftonio, Nicolao) y modernas (Lessing, Friedländer, Rhode, Norden, Heinze, Palm., etc.), adopta finalmente el criterio de R. Heinze (*Virgils*

*epische Technik*), según el cual la descripción difiere de la narración en que interrumpe el progreso de la acción (p. 28). Luego selecciona veinticinco «escenas» de las *Argonáuticas* (pp. 32-35), que son clasificadas en tres grupos: unidades internas o pertinentes a la acción (Tipo A: narración); unidades externas o no pertinentes a la acción (Tipo B: descripción); unidades de Tipo mixto (narración entreverada de «elementos digresivos» breves). Tal planteamiento en realidad identifica y confunde descripción («Beschreibung») con excursio («Exkurs»), y correspondería más bien a la dicotomía narración/digresión (A: «Nichtexkurse» / B: «Exkurse»). En las pp. 160-164 el autor trata de reajustar su modelo metodológico: añade una tercera forma (Tipo C: Discurso), de la que sólo encuentra el caso de *Arg.* III 132-141 (p. 164), sin citar para nada el discurso de Argos (IV 257-293), que contiene una extensa digresión, mitad relato legendario, mitad descripción; y subclasifica los pasajes del Tipo A («detallados» o «no detallados», con o sin «elementos descriptivos»). Esta compleja taxonomía arroja más confusión que claridad y no elimina incongruencias: tanto en el Tipo B («Beschreibung»: «Exkurse») como en el Tipo A/Mixto AB («Erzählung»: «Nichtexkurse») se incluyen excursos mitológicos (por ejemplo, *Arg.* II 1231-41 y III 1176-90 respectivamente).

El grueso del trabajo («Textanalyse», pp. 36-226) consiste en el análisis de los pasajes seleccionados y así clasificados con un método que atiende a su estructura formal y de contenido, técnica y elementos compositivos, lengua y métrica, función, realismo, pertinencia a la acción. Además, las escenas descriptivas (Tipo B) son encuadradas en cuatro categorías: *πραγματογραφία*, *τοπογραφία*, *χρονογραφία*, *προσωπογραφία* (p. 143).

El resultado del análisis revela la gran importancia del elemento descriptivo en Apolonio. Las unidades del Tipo B no poseen una estructura uniforme (oscilan entre la simetría en torno a un núcleo central y la asimetría); en general producen una retardación ante acontecimientos importantes; y poseen funciones específicas. La descripción del palacio de Eetes (*Arg.* III 215-248) advierte del extraordinario poder del rey de la Cólquide y de la peligrosa prueba que aguarda a Jasón. El supremo dominio de Eros es la idea central de varias descripciones (*Arg.* I 721-768; IV 421-434; III 132-141). La eficacia de la técnica y de la astucia ante la fuerza bruta subyace también en algunas de ellas, así como en la narración del combate entre Ámico y Polideuces (*Arg.* II 67-97). En el comentario métrico y lingüístico de cada pasaje el autor muestra oportunamente los ecos de la tradición poética presentes en el texto, y cómo Apolonio practica la *aemulatio Homeri (et Hesiodi)* en múltiples expresiones, al tiempo que utiliza determinadas singularidades (hexámetro espondeico, *hâpax legômena*, *catacrexis*, neologismos) para subrayar aspectos significativos de una escena.

El volumen se completa con índices y una bibliografía en la que se echan en falta algunos títulos relacionados con el tema: un trabajo del que suscribe (*El aition en las Argonáuticas de Apolonio de Rodas*, Murcia 1989) sobre las digresiones etiológicas; pero, sobre todo, el estudio de G. Zanker (*Realism in Alexandrian Poetry*, Londres 1987), que muestra cómo el realismo helenístico se manifiesta en las descripciones y en el tratamiento erudito de los relatos míticos; y el libro de M. Fusillo (*Il tempo delle Argonautiche*, Roma 1985), que es fundamental para este aspecto de la obra de Apolonio.

En suma, a pesar de los reparos mencionados, el trabajo de K. Thiel ofrece interesantes aportaciones, especialmente en el minucioso análisis de los pasajes seleccionados, y replantea de modo sugestivo algunas cuestiones relativas a la estructura narrativa de las *Argonáuticas*.

GIGANTE, MARCELO.—*Orazio. Una misura per l'amore. Lettura della satira seconda del primo libro*. Venosa, Edizioni Osanna Venosa, 1993, 120 pp.

Con el loable propósito de celebrar la memoria de Horacio en el bimilenario de su muerte, M. Gigante nos brinda esta lectura muy personal de la sátira II del libro I del poeta de Venosa (*Ambubaiarum collegia*), sin duda su sátira más injustamente olvidada, marginada e incluso purgada por el *pudor philologicum*, dado lo escabroso de su tema, rayano en el escándalo: el sexo (τὰ ἀφροδίσια), que no el amor (ἔρως). La ed. Osanna Venosa, cómo no, acoge este *libellum* dentro de su colección «Horatiana», que iniciara con el *Orazio* de A. Rostagni.

Se articula el librito en dos partes. La primera (pp. 13-41) gira en torno a las claves externas que ayudan a comprender mejor la sátira. Así, en el cap. I («Un approccio all'interpretazione della satira seconda», pp. 13-20) se trata la multiplicidad de modelos y fuentes, tanto poéticas como filosóficas, subrayándose: 1) la huella de Cécidas vía Filodemo (*Sobre el amor*), línea ya antes investigada por G. —en *Ricerca Filodemea*, Nápoles 1983<sub>2</sub> (= 1955), M. 235-243 y *SIFC* 7, 1989, M. 2, 146— y que le llevan a considerar esta sátira como «un mosaico erotico epigrammatico, una trama di motivi epigrammatici» (p. 17); 2) el fondo doctrinario epicúreo vía Lucrecio y su peculiar tratamiento de la *pura voluptas* y de la pasión amorosa como locura, y 3) el precedente de Catulo como poeta del escándalo. La teatralización como uno de los aspectos formales característicos de la *Sátira* I 2 es el tema del cap. II («Una chiave teatrale di lettura», pp. 21-26): se respira el espíritu de la Comedia Ática Antigua, su libertad de expresión y de motivos. En el cap. III («Posizione della satira seconda nella trilogia sulle passioni», pp. 27-32) G. estudia la unidad estructural de las *Sat.* I 1, I 2 y I 3 como una trilogía consagrada al tema de la insaciabilidad y las pasiones desenfrenadas que afligen al hombre. La teoría horaciana del *medium* (la virtud equidistante de los vicios) es el hilo conductor. El nexo de la *Sat.* I 2 con los *Epod.* VIII, XI y XII ocupan el cap. IV («La stagione dell'amore di Inachia: Epodi VIII, XII e XI», pp. 33-41). Tal como los *Epod.* VIII y XII sancionan la derrota del estoicismo (la vieja lujuriosa es el símbolo de la *insania et flamma amoris*), así el *Epod.* XI rubrica el fracaso de la amistad y la libertad de expresión como remedios de la enfermedad de amor: el poeta no tiene otra cura contra el amor que un nuevo amor; en la *Sat.* I 2, en cambio, el *remedium amoris* es la razón, el cálculo entre el gozo y el dolor, la doctrina epicúrea que Lucrecio transmitió a la sociedad romana para liberarla también de la obsesión del sexo.

En la segunda parte del librito (pp. 43-106) G. se adentra con su fino bisturí en las interioridades mismas de la *Sat.* I 2, que disecciona en un prólogo y tres bloques. Llama G. la atención sobre el largo prólogo (vv. 1-36), donde Horacio parodiando la técnica retardante de la narración épica consigue crear suspense acerca del tema central de la sátira, encuadrar el problema del sexo y la sensualidad dentro de los muchos extremismos de una sociedad *vitiosa* donde no existe el *medium*, e insinuar en su auditorio un mensaje: el fastidio que suscita la *miseria*, la ausencia de medida que nos hace caer en los extremismos («Il prologo [vv. 1-36]», pp. 45-61). En el primer bloque («Atto primo: il piacere puro e l'adulterio rischioso [vv. 37-72]», pp. 63-74) observa cómo Horacio, en la estela de los comediógrafos, anuncia el tema real de su sátira parodiando un famoso pasaje de Ennio (*audire est operae pretium...*): conforme a la teoría epicúrea de la *pura voluptas*, el amor sin dolor, hay que rechazar no sólo el amor adúltero por los riesgos físicos que entraña cortejar a una matrona —los *moechi* desfilan ante nuestros ojos en una paródica enumeración épica con los riesgos *in crescendo*— sino también el amor apasionado por una liberta o una meretriz si se corre el riesgo de perder la cabeza, el patrimonio y el buen nombre. Cierra Horacio este bloque con una magistral escena surrealista de *paraclausitiro*: mientras

el *exclusus amator* queda fuera, molido a golpes y herido, el amante admitido es curiosamente interpelado por su *animus* que le habla en nombre de su *mutto*, en un diálogo cómico que parodia las escenas de Ulises hablando a su κραδίη, o de Arquíloco o el *erastés* de [Theocr.] XXX con su θυμός. En el tercer bloque —«Atto secondo: la signoria della Natura e la follia degli amanti (vv. 73-108)»— Horacio invita a sus contemporáneos corrompidos y lujuriosos a escuchar la voz de la Naturaleza, a distinguir, conforme a la teoría epicúrea de la ἀταραξία, entre los deseos naturales, ἐπιθυμίαι φυσικαί (de los cuales algunos son necesarios) y los deseos vanos, ἐπιθυμίαι κεναί (*cupidines inanes*), y en consecuencia a no perseguir a las matronas, pues las penalidades son mayores que el placer obtenido. La belleza artificial de las enojadas matronas contrasta con la belleza natural y desnuda de las prostitutas. La naturaleza epigramática de la poesía horaciana y de esta sátira en particular queda patente cuando el enamorado exclama extasiado ante la belleza: *O crus o braccia!* (v. 92), alusión clara a un epigrama de Filodemo (*AP V 132* [= XII G.-P.], modelo asimismo de Ov., *Am. I 5*, 19-22), cuya huella queda explícita en v. 121: *Philodemus ait*, y ya antes implícita en la escena de la castración del adúltero (vv. 44-46; cf. *AP V 126* [= *Ep. XXV G.-P.*]). El adulterio no sólo entraña peligros, sino obstáculos: guardias, literas, peluqueros, parásitas y la estola talar, que defienden a la matrona cual empalizada al campamento sitiado y convierten al adúltero en soldado, como en el motivo elegíaco de la *militia amoris*, transferido aquí —deformado— de la *puella* a la *matrona* (vv. 96-99). Con Horacio entra en la poesía latina el epigrama calimaqueo; así, los vv. 105-108 sintetizan, sin nombrarlo, el epigrama *AP XII 102* (= XXXI Pf.), que más tarde inspirará Ov., *Ars III 329-334*. La contradicción de estos versos horacianos ya estaba en el lucreciano *semper aves quod abest, praesentia temnis* (III 957), y mucho antes en el Teócrito cantor del amor del Cíclope por la fugitiva Galatea (*Id. VI 17*, καὶ φεύγει φιλέοντα καὶ οὐ φιλέοντα διώκει) y en Filodemo en la elección entre una hetera y una doncella (*AP XII 173* = XVI G.-P. 5-6, οὐ γὰρ ἔτοιμα / βούλομαι, ἀλλὰ ποθῶ πᾶν τὸ φυλασσόμενον). En el último capítulo —«Atto terzo: la misura come norma e l'agone dei due modelli (vv. 109-134)»— G. constata una vez más la doctrina epicúrea del *voluptatem parere naturae* (que diría Séneca) que alienta los versos finales del venusino, su obsesión por denunciar y combatir el adulterio («la follia d'amore in Orazio è focalizzata, radicalizzata nell'adulterio», p. 93), la defensa, en cambio, de la *Venus parabilis facilisque*, apoyándose en un epigrama perdido de Filodemo (vv. 121-122), si bien éste se refería a la Venus uolgiuga y en Horacio la elección no es entre la matrona y la meretriz, o entre la doncella y la cortesana, sino que el dilema se resuelve en favor de la *puella togata*, la liberta en la cual se realiza la μεσότης, el *medium*, «quel limite al di là e al di qua del quale in eroticis non può esservi il piacere, il bene, l'eudaimonia» (p. 99); es más, el retrato ideal trazado por Horacio devendrá en modelo para Marcial (I 57) cuando canta explícitamente el *medium* o la liberta entre la *ingenua* y la *ancilla*, o para Rufino (*AP V 37*) que canta la μεσότης de una mujer ni ἰσχνὴ ni παχεῖα. La grandiosa escena bufa final del adúltero sorprendido en el acto amoroso por el retorno del marido debe ser leída, según G., en clave teatral. Por último, para la cronología de esta sátira, tradicionalmente considerada la más antigua de Horacio, G. cita pasajes eróticos de las *Odas* —los *moechi arrogantes* de I 25, el paraclausitiro de III 10, la vieja libidinosa de IV 13, 9-10 y 13-14— que evocan, si bien más pulidos, «il mondo turbinoso della Seconda Satira del Primo Libro» (p. 105).

Cierran este librito dos útiles índices, uno de textos antiguos (pp. 109-113), el otro de autores modernos (pp. 115-116).

SALEMME, C.—*Letteratura Latina Imperiale. Da Manilio a Boecio*. Nápoles, Loffredo, 1993, 288 pp.

El libro que reseñamos abarca, como puede deducirse de su título, la historia de la literatura latina de los siglos I-VI d. C. El análisis de los autores correspondientes a los años 14-192 se distribuye por dinastías y emperadores (Julio-Claudia, Flavios y Trajano, Adriano y Antoninos), mientras que el período restante, de los siglos II/III hasta el final del mundo antiguo, se incluye todo él en un amplio capítulo que va desde la página 181 a la 278. El volumen se completa con un índice de escritores y el índice de los diversos capítulos.

Como el propio autor indica en la premisa introductoria, el tratamiento de los diferentes autores es histórico y, en la medida de lo posible, cronológico, pero presupone el conocimiento de la historia política de la Roma del imperio por parte del lector.

El autor, deliberadamente, prescinde de las biografías de los escritores y limita éstas a lo que pueda ser de utilidad para la comprensión de las obras respectivas. Creo que esta decisión es acertada; no opino lo mismo en relación con la omisión de toda referencia bibliográfica, a pesar de que, como afirma Salemme, dispongamos de óptimas ayudas. La omisión de cualquier bibliografía puede llevarnos a pensar, por ejemplo, que las consideraciones generales que se hacen a propósito de la época de los emperadores Julio-Claudios (pp. 9-11) son del propio Salemme, cuando en realidad las encontramos en estudiosos anteriores (véanse a este respecto algunas de las notas que incluye la ponencia presentada por mí en el VIII Congreso Español de Estudios Clásicos sobre «Los géneros literarios poéticos de la primera época del imperio (19-192 d. C.)», *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1994, p. 515 ss.). Algo semejante ocurre con el tratamiento de los distintos autores.

Se concede especial relieve, dice Salemme, a los escritores mayores, sin que ello excluya que en ocasiones se preste particular atención a algunos considerados «menores». Los autores objeto de mayor atención son: Manilio, Fedro, Séneca, Lucano, Petronio, Valerio Flaco, Estacio, Plinio el Viejo, Quintiliano, Marcial, Tácito, Plinio el Joven, Juvenal, Suetonio, Apuleyo, Tertuliano, Cipriano, Amiano Marcelino, Ausonio, Ambrosio, Jerónimo, Agustín y Prudencio, si bien no todos éstos son tratados con la misma extensión y profundidad.

El hecho de que los autores sean presentados por orden cronológico, hace que en algunos casos aparezcan agrupados por géneros, mientras en otros las personalidades individuales se presentan aisladas, con independencia del género que hayan cultivado, lo que no da mucha coherencia a la obra.

El tratamiento que se da a los diversos autores es desigual y en general bastante superficial.

El libro, tal como está planteado, no constituye un manual, ya que la ausencia de unas coordenadas históricas, siquiera sean mínimas, en las que encuadrar a los escritores y de un tratamiento medianamente profundo de éstos, así como la forma desligada en que aparecen, sin que se establezca ningún nexo entre quienes influyen sobre otros y los influenciados, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Séneca y Lucano (no se alude en ningún momento a la influencia de las tragedias del primero sobre el poema épico del segundo) y la ausencia de bibliografía lo hacen insuficiente; tampoco es útil como libro de consulta para el ya iniciado, ya que ofrece una información pobre. Si se me preguntase por el lector adecuado de una obra como ésta, diría que constituye un libro de divulgación para curiosos del mundo romano y de su literatura y para quienes quieran tener una visión de conjunto de ésta durante la época imperial.

DULCE ESTEFANÍA

CHUVIN, PIERRE.—*Mythologie et géographie dionysiaques. Recherches sur l'oeuvre de Nonnos de Panopolis*. Prefacio de Ernest Will, Collection «Vates», 2. Clermont-Ferrand 1991, 366 pp. + 2 mapas desplegables.

P. Chuvin ha abordado una tarea inmensa: adentrarse en el laberinto de las *Dionisiacas* de Nono para descubrir algún hilo conductor que dé sentido a las infinitas noticias geográficas allí contenidas. Su obra se produce en un momento en el que el imperio de Occidente ha caído, produciéndose un repliegue hacia Oriente en muchos aspectos. Ello da nombre a la primera parte del trabajo de Chuvin.

En la segunda parte se estudian los contingentes aliados de Dioniso y sus lugares de origen; en la tercera y cuarta los pueblos y ciudades desde Nicea a Siria con diversas vicisitudes acaecidas a Dioniso. La quinta parte está básicamente dedicada a la India, hacia donde se dirige Dioniso en misión guerrera y civilizadora.

Aparentemente en la obra de Nono reina la desproporción y el absurdo geográfico, pero en su conjunto descubre Chuvin que bajo esa infinidad de nombres geográficos, producto de inmensa erudición libresca, el desorden es sólo aparente. El poema está construido en forma muy meditada sobre esquemas relativamente sencillos. Revela un germen geográfico real y exacto, ceñido fundamentalmente al Imperio Romano de Oriente. El imperio Romano de Occidente no existe, ni las grandes metrópolis, como Roma, pero tampoco Bizancio. Se traslada la acción a un tiempo mítico arcaico. El extremo occidente está exclusivamente dentro de ese tiempo mítico: el Eridano es identificado con el Rin y es llamado ibérico (¿influencia de Esquilo que sitúa al río mítico en Iberia?); Chuvin considera enigmática la fuente en este sentido. Igualmente, Sicilia se presenta como un país bárbaro indígena, previo a la colonización griega, todavía prehistórico o mítico.

El resto es el soporte de la increíble historia de las hazañas de Dioniso guerrero y civilizador en una India (o unas Indias) exóticas, con animales y riquezas extraordinarios, vegetación exuberante (se habla de la miel vegetal, es decir la caña de azúcar, del arroz). Nono sitúa la India a continuación de Anatolia, sólo tras cruzar el Cáucaso, probablemente confundido con el Indu Kush. Los límites de esta India son básicamente fluviales: a un lado el Indo, a cuya cuenca se ciñen fundamentalmente los conocimientos de Nono; al otro, remotamente, el Ganges; al sur el Océano, ignorándose el Decán. Chuvin piensa que Nono debió haber leído a Megástenes; en cualquier caso recordemos la expedición por el Indo de Escilace de Carianda, de quien se reelabora un periplo en época helenística. También aquí como en otros sitios de las *Dionisiacas* los ríos son más importantes que las montañas. Recordemos como modelo las listas de ríos hijos del Océano en Hesíodo, en los que se ha visto cierto germen de ordenación geográfica.

El Decán no es la única gran extensión geográfica ignorada por Nono: ¿Por qué dedica multitud de versos a unos lugares y silencia totalmente otros o los trata de pasada? Egipto prácticamente no existe, aunque él era de Panópolis en el Alto Egipto, del que menciona los biemias paganos y los etiopes, pero probablemente a partir de las *Basáricas* de Dioniso. Falta Mesopotamia y el Irán. Entre las ciudades, Beirut, por ejemplo, recibe gran atención: hace una vívida historia del paisaje de una ciudad que se había convertido en una de las más importantes del Imperio. También Tiro, ciudad cuyo dios único Heracles-Melcart asimilado al Sol tiene características de dios universal, advirtiendo Chuvin los paralelismos con leyendas relativas a Gades.

Según Chuvin, la guerra emprendida por Dioniso puede tener un modelo real inmediato en las campañas imperiales de Septimio Severo contra Pescenio Níger, pero la lucha contra este misterioso «imperio indio» que domina Anatolia se remontaría a recuerdos iránicos o incluso hetitas, sin olvidar a Alejandro Magno.



Las fuentes y modelos expositivos para la descripción de las tropas de Dioniso estarían en principio en el famoso *Catálogo* de Homero; hay recuerdos de Hesíodo y de otros poemas épicos arcaicos como la *Forónide* (los coribantes), de los *Himnos homéricos* (los piratas tirrenos). Pero sobre todo se basa en poetas posteriores, como Euforión de Calcis, muy especialmente en las *Basáricas* del desconocido poeta Dioniso, mejor geógrafo que Nono, que se revela como su modelo inmediato en muchos aspectos.

Debió tener acceso a las *Teogamias heroicas* de Pisandro de Laranda. Para las descripciones de las ciudades fenicias y sus cultos, tal vez conoció, entre otros, a Filón de Biblos; para el Asia Menor, especialmente Lidia, es posible que se basara en Janto de Lidia. Pero la erudición de Nono no es sólo griega y muestra huellas de las antigüedades del próximo Oriente, como ciertos recuerdos del poema de Gilgamés, amén de una gran erudición latina. A veces, según Chuvín, se trata de una «érudition desordonnée», como cuando Nono cree ver un Nereo entre los radamanes, marinos árabes de supuesto origen cretense: sin embargo en esta historia aparentemente descabellada, reconoce Chuvín un intento de descripción de pueblos sudarábigos marinos a la vez que caravaneros que comercian con la India.

Gracias al libro de Chuvín descubrimos cómo Nono provee, desde su punto de vista, un sentido al inmenso mosaico de noticias fragmentarias mítico-históricas de variados autores que se encuentra recogido en los *FGH* de Jacoby. Todo ello lleva a confirmar que, a pesar de su conversión y sus obras netamente cristianas, Nono mantendrá un gran respeto por la espiritualidad pagana, vista como una esfera del helenismo.

Estimamos que la comparación con la arqueología (algunas excavaciones concretas han revelado la exactitud de Nono), la epigrafía y muy especialmente la numismática, es una aportación particular notable del autor. En general, el denso libro de Chuvín se hace imprescindible para entender la compleja obra de Nono.

ELVIRA GANGUTIA ELÍCEGUI

#### IV. HISTORIA Y SOCIEDAD

BRAVO, GONZALO.—*Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica*. Madrid, Alianza Editorial, 1994, 744 pp. + mapas y cuadros.

Gonzalo Bravo es Profesor Titular de Historia Antigua en la Universidad Complutense de Madrid. En los últimos años se ha dado a conocer al gran público con sus estudios monográficos sobre diversos aspectos del Bajo Imperio romano (*Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio*, *El colonato bajoimperial*, *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio*), todos ellos publicados en Madrid (Akal), en el año 1991. De hecho, esas tres breves monografías inciden en dos de las principales vías de investigación del autor: Diocleciano y la estructura social de la economía bajoimperial (objeto de su magnífica Tesis Doctoral *Coyuntura sociopolítica y estructura social de la producción en la época de Diocleciano*, Salamanca, Universidad, 1980); y las revueltas internas del Imperio en los siglos IV-V (con artículos en *Klio* 65, 1983, y *Gerión* 2, 1984).

La versatilidad de los intereses del Prof. Bravo y la profundidad que alcanza en sus aproximaciones son fruto de su notable interés por la reflexión teórica y metodológica, que le ha llevado a convertirse en un excelente historiador «social» y prosopógrafo. Dentro de su inquietud crítica y reflexiva sobre el mundo antiguo aparece ahora su libro *Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica*. Su título hace pensar en un manual de estudiantes. Nada más lejano de la realidad. Y es que, como anotaba el Prof. Blázquez en su reseña

del libro *Poder político y desarrollo social en la Roma Antigua* (en *Gerión* 10, 1992), Bravo es «demasiado denso para los estudiantes universitarios». Nos encontramos, pues, ante un libro con formato de manual, pero que ha de ser leído con atención, dada su previsible «densidad».

Lo primero que sorprende del nuevo libro del Prof. Bravo es su estructura. En efecto, fiel a la tradición, el autor ha «dividido» la historia antigua universal en cuatro partes: Oriente, Grecia, Helenismo y Roma. Pero, lejos de presentar estas cuatro «partes» como compartimientos estancos, lo hace como bloques «homogéneos analíticamente, gracias a la subordinación del orden sincrónico al diacrónico».

Esta perspectiva se observa bien en la primera parte, la dedicada a los Estados, pueblos y sociedades próximo-orientales, bloque en que el autor estudia la evolución histórica de Egipto y el Próximo Oriente asiático de manera integrada, hallando nexos de evidente unión temática entre las evoluciones de ambas realidades históricas, separadas en muchos manuales de una forma artificial por mor de necesidades académicas. Para el Prof. Bravo, el II milenio es, en lo fundamental, una época de grandes transformaciones en el mundo próximo-oriental, con una dinámica imperialista claramente enfrentada a la irrupción de nuevos pueblos y nuevas organizaciones sociales. La dinámica imperialista queda ejemplificada por tres grandes modelos asiáticos y otros dos egipcios: un imperio hegemónico (el Babilonio de Hammurabi), un imperio territorial (el Asirio), y un imperio económico (el hitita); y, en Egipto, uno débil, enfrentado a sus propias contradicciones internas y a la irrupción/sublevación de los hicsos, el Reino Medio, y otro territorial y doble, el Imperio Nuevo.

La segunda parte, dedicada a Grecia y el Egeo, es, a todas luces, una de las más logradas. El autor pasa revista en uno de sus capítulos a todos los problemas asociados al nacimiento de la *polis*, tanto en lo relativo al propio concepto de *polis*, cuanto en sus elementos horizontales (tipos de *poleis*) y verticales (elementos dinamizadores como el desarrollo del comercio y el uso de la moneda, o como los cambios políticos asociados al desarrollo del ejército hoplítico).

Los siguientes capítulos versan sobre distintos aspectos de la evolución de este mundo de *poleis*, como los elementos sociopolíticos y económicos de las tiranías y el auge del colonialismo griego, y como la configuración de dos modelos distintos de ciudades: Esparta y Atenas. Es en este capítulo donde, quizá, se muestre más incisiva la pluma del autor para analizar, por ejemplo, el porqué de la perduración de la monarquía espartana, o el significado de las reformas atenienses de Dracón y Solón.

La tercera parte del libro versa sobre el mundo helenístico. Quizá sea una parte excesivamente breve ya que, en definitiva, se desarrolla en poco más de 50 páginas de las casi 700 del libro. En todo caso, los capítulos dedicados a analizar los distintos tipos de Estado coexistentes en este complejo mundo helenístico, y a explicar los diversos elementos económicos y sociales de esos Estados, creo que contienen la suficiente información y, lo que es mejor aún, crítica como para que sean entendibles por el gran público. Así, por ejemplo, el excelente subcapítulo sobre la cuestión social helenística, con un análisis muy del gusto del autor sobre las revueltas sociales helenísticas y sobre sus tipologías.

Por fin llegamos a la cuarta parte, la dedicada a Roma y su Imperio, y dividida en seis capítulos. Los dos primeros están dedicados a la época republicana. Así, se estudia someramente el proceso de creación del Estado romano de época arcaica, así como los aspectos más importantes del ordenamiento social y jurídico de ese Estado. De los demás capítulos, es de destacar el cuarto, que trata sobre la polémica crisis del siglo III, la sucesión de emperadores y dinastías y el alcance de esa crisis, que el autor cree más bien proceso de cambio o de creación de una situación coyuntural favorable a las reformas de Diocleciano.

Son los dos últimos capítulos del libro los que merecen, sin duda, mayor atención al referirse a la época en la que el autor es experto. El primero de esos capítulos trata sobre el Dominado, una época de transición hacia el Bajo Imperio y sus reformas administrativas (ejército, provincias, administración central), y económicas (precios, moneda, sistema fiscal); reformas que desembocarían en una sociedad bajoimperial dividida verticalmente por consideraciones económicas entre *honestiores* y *humiliores*, y horizontalmente por consideraciones sociales entre habitantes de las ciudades y habitantes del campo. Tratamiento aparte, en fin, merece en estos comentarios sociales del Bajo Imperio la situación del colono romano, tema bien conocido por el autor.

El último capítulo del libro versa sobre la descomposición del Imperio Romano y el final del mundo antiguo, en el que el autor analiza las diferentes hipótesis actuales para, tras incorporar los avances de algunas de ellas a las suyas propias, concluir con su conocida hipótesis social de la rebelión interna, ya avanzada en sus estudios previos sobre la bagauda hispana.

El libro se cierra con diversos índices, todos útiles y agradecibles. Pero lo que llama inmediatamente la atención del lector es la utilísima bibliografía final, de más de 50 páginas, con un número aproximado de títulos de 1.300, lo cual la hace imprescindible para cualquier estudioso, generalista o especializado.

En definitiva, y para concluir esta ya larga reseña, el libro de Gonzalo Bravo me parece importante en la biblioteca de cualquier persona culta de nuestro país; cuánto más en la de todo interesado en el mundo antiguo, sea o no profesional de la materia. A pesar de que se le ha achacado superficialidad e, incluso, falta de actualidad en algunos de sus argumentos —sobre todo, en lo referente a las partes no romanas—, yo encuentro que todo lo que se analiza en, no se olvide, esta «introducción crítica» debe estar en ella, y que no sobra ningún asunto tratado. Y todo ello, además, en una espléndida prosa. ¿Demasiado denso para los estudiantes universitarios? Pues si lo es, que se dediquen a otra cosa.

JUAN-LUIS POSADAS

GÓMEZ ESPELOSÍN, FRANCISCO JAVIER, ANTONIO PÉREZ LARGACHA y MARGARITA VALLEJO GIRVÉS.—*Tierras fabulosas de la Antigüedad*. Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1994, 384 pp.

Los estudios de geografía antigua o pensamiento geográfico comienzan a tener una presencia estable en la investigación hispana. En la misma línea que en otros países, se están enfocando los trabajos de geografía desde una perspectiva claramente histórica, y no buscando empecinadamente los remotos orígenes de la disciplina actual. Sólo desde este punto de vista creemos que el análisis alcanza su auténtica riqueza y solidez científica, al no eliminarse a priori ninguna información.

El pensamiento geográfico antiguo no constituye una disciplina con unas características formales y unos objetivos claros, entre otras razones porque se desarrolla en un marco y vehículo literario tan diverso que condiciona todo intento de definirla a partir de tales consideraciones. En general, y dejando a un lado los componentes más específicamente literarios (que llegan incluso a marcar su criterio de veracidad), es evidente que hay tantas geografías o paisajes resultantes como contenidos a los que pretende describir o contextualizar geográficamente. Dentro de ello, el discurso mítico, que continuamente se matiza y se discute con nuevos aportes sobre las bases tradicionales y en relación a las nuevas circunstancias históricas y literarias (véase sino el papel del héroe), se ve acompañado y también enriquecido con una geografía mítica o fabulosa, entendiéndolo por ello tanto la geografía

que acompaña al mito como las fabulaciones o idealizaciones de lugares reales. Dicha geografía (si es que realmente podemos definirla exactamente así) es el tema central del libro que nos ocupa. Se trata, por tanto, de analizar la evolución histórica de la geografía que se crea alrededor de lugares míticos o fabulosos, alejados o más allá de los límites ordenados o conocidos, y que constituye un soporte más que marca su caracterización diferenciada en relación al centro en el clima, la orografía o los recursos naturales, tanto como lugar utópico o idealizado o como lugar inhumano o monstruoso, y en una continua relación dialéctica con el avance efectivo de los conocimientos y el control de los territorios.

Un aspecto que hemos de destacar de este libro (compuesto por tres estudios de desigual densidad) es que evita en todo momento las lecturas positivistas. No se trata de localizar en el imaginario los lugares reales que se esconden detrás, sino de explicar la necesidad de una geografía fantástica, describir sus características y su evolución. Es evidente que el marco de lo real y de lo imaginario se entrecruzan, pero también lo es que cada uno tiene su vehículo de descripción y explicación.

Entrando en el contenido, se divide el estudio en la clásica partición entre Oriente (Antonio Pérez Largacha), Grecia (Francisco Javier Gómez Espelosín) y Roma (Margarita Vallejo Gírvés), ocupando la segunda una parte sustancial y la tercera planteada en realidad como los componentes novedosos dentro de una tradición común.

En el mundo oriental la práctica ausencia de tierras fabulosas o aquellas que fuera del mundo conocido poseen una geografía contrastada es patente. El autor lo explica por el enorme peso de una ideología real que, al identificar básicamente el orden natural, humano y divino con la totalidad del orbe y con los límites geográficos del propio país, no desarrolla otra geografía que, por otro lado, introduciría componentes de relatividad en el cosmos propio. Cuando aparecen las tierras fabulosas son, en general, un claro solapamiento resultado de contactos comerciales más o menos intensos, planteándolos como lugares «conquistados» por el rey o habitados por dioses propios, a fin de ocultar cualquier grado de dependencia que la ideología real no permitía. Si este exclusivismo de carácter marcadamente ideológico parece evidente en el caso egipcio, es matizable en el mesopotámico por su situación geo-económica más abierta. Con todo, nos parece que el concepto de tierra fabulosa como proceso de idealización o mitificación intelectual de un lugar conocido, siendo como es una de las variantes, encorseta otras posibilidades de análisis, como la propia geografía fantástica del imaginario religioso.

La parte dedicada a la cultura griega es la más densa y completa del libro porque la información simplemente desborda. Pero también porque el autor no obvia ninguna perspectiva. Por tierra fabulosa entiende el resultado plástico de un relato mítico, religioso, fabuloso o utópico (culto o popular) que lleve consigo la elaboración de una geografía diferenciada fuera o dentro de los límites de la ecúmene. Aunque la funcionalidad es múltiple (la necesidad de construirle una geografía al mito o al relato religioso; de reflexionar sobre las condiciones del presente huyendo hacia espacios ideales o utópicos; de explicar otras zonas étnico-culturales a través de la distinción natural y geográfica; de exaltar tu propia tierra a partir de una idealización geográfica, etc.), como diversos son los géneros literarios en la que aparece, se van construyendo paulatinamente un conjunto de imágenes comunes, que tendrán mayor o menor peso dependiendo del tipo de fabulación: ríos caudalosos, clima templado (ausencia de estaciones invernales o equilibrio entre ellas), feracidad del suelo y variedad de vegetación, grutas, rocas, frutos olorosos, riqueza metálica, inaccesibilidad (asociada a una isla oceánica) o lejanía, hospitalidad de los habitantes, formas de vida primitiva y justa, etc. Imágenes todas que, juntas o por separado, pretenden construir el espacio diferente que el mito o la fábula precisan: aquel donde la vida humana sería perfecta o imposible. Pero el autor se cuida de distinguir y relacionar al mismo tiempo

entre este conjunto de frases que terminan por transformarse en clichés, del relato en el que aparecen y de su funcionalidad y evolución en el contexto histórico-cultural, máxime cuando en muchos casos podemos personalizar la autoría. En todo momento explica y procura ofrecer una clasificación que responda precisamente a la historicidad (que no evemerismo) del conjunto de relatos, y no considerarlos como algo atemporal o intrahistórico, muy al gusto de ciertos estudios de corte marcadamente estructuralista.

Únicamente desde este punto de vista rico y complejo —ayudado por una actualizada bibliografía—, trata (bajo el común denominador de la geografía fantástica que produce el imaginario cultural griego) de la imagen de lugares propiamente fuera del mundo real (Olimpo-Ouranos; Campos Elíscos-Isla de los Bienaventurados; Jardín de las Hespérides o Hades); en los límites del civilizado o dentro de él (Egipto, Etiopía, Arabia, Persia, India, tierras del Norte y Occidente, Libia o Lidia, Creta, Esparta, Atenas, Arcadia o Sicilia, respectivamente); en el campo de la fabulación político-utópica (Atlántida, Merópide Panquea, Isla del Sol, Héspera, Nisa Pera) o de la simple burla sobre estos temas (Tierras de Jauja, la *Historia Verdadera* de Luciano, la *Isla de Crono* de Plutarco). Solamente en un momento abandona el enfoque temático para acogerse al propiamente geográfico: cuando analiza explícitamente el papel de las islas dentro de la geografía fabulosa, posiblemente por la abundancia e importancia de este espacio aislado y singular dentro de estos asuntos.

En la tercera parte la autora procura, a nuestro modo de ver acertadamente, marcar las novedades que, en este campo y sobre la herencia griega, introduce la cultura romana, al mismo tiempo que aportar una bibliografía exclusivamente complementaria. Se pueden resumir aquéllas en dos: por un lado, la dialéctica entre la efectiva ampliación y dominación del mundo conocido y la persistencia de tierras imaginarias; por otro, el cambio cualitativo que implicará la irrupción del pensamiento cristiano.

En el primer aspecto, la efectiva ampliación y control del mundo conocido, así como una ideología imperial que iguala orden, cosmos e imperio (añadiríamos nosotros), ayuda a que paulatinamente se vaya perdiendo el interés por los «paraísos insulares» como elementos de autoidentificación, aunque persiste la exaltación idealizada de las características geográficas de tierras del interior con una clara intencionalidad política (caso de las *laudationes* de Hispania, Italia, etc.). El cristianismo, por otro lado, introduce un cambio cualitativo importante, que explicará en buena medida las visiones geográficas medievales. En un mundo ordenado desde el inicio y en su totalidad por un único Dios, no caben otras zonas o pueblos más allá del eje mediterráneo. Tan sólo el Paraíso, por cuestiones obvias ubicado más allá, concentra en sí todo el conjunto de elementos atribuidos anteriormente a los Campos Elíseos o los Bienaventurados, incluso de la Edad de Oro en tanto que mito que fue y volverá a ser, pero claramente localizado al oriente, donde el Sol nace e inicia el proceso diario de regeneración.

En suma, el libro que comentamos es mucho más que una síntesis novedosa. A la exhaustividad clasificadora de los datos le acompaña una selección bibliográfica que, hasta donde llegan nuestros conocimientos, está muy actualizada. Ambos aspectos son esenciales para una consulta rápida y completa. Pero lo que nos parece también importante es que a todo ello hay que añadir —con los matices comentados— que evita una visión plana y unidireccional del conjunto de imágenes y temas (muy común en este tipo de trabajos), lo que, en definitiva, abre las puertas a futuras y sugerentes matizaciones e investigaciones.

PALLOTTINO, MASSIMO.—*Histoire de la première Italie*. Estrasburgo, AECR, 1993, 218 pp. y 36 lám.

Es necesario, en el momento de redactar estas líneas, superar la mera presentación de un texto. En primer término, porque la obra que se ofrece a nuestro estudio no es sino la traducción al francés de un libro ya ampliamente difundido desde su primera edición italiana (Milán, Rusconi, 1984); y, en segundo lugar, porque el destino nos coloca ante el testamento científico de su autor, muerto hace tan sólo unos meses.

Con Pallottino se ha cerrado un capítulo en la historiografía de Etruria y de toda la Italia antigua, y un capítulo que podemos considerar, en muchos aspectos, fundacional y maduro a la vez. A lo largo de su dilatada existencia (nació en 1909, fue profesor de la Universidad de Roma de 1945 a 1980), supo crear unos enfoques y unos sistemas interpretativos que hoy consideramos cotidianos y obvios, que usamos con normalidad, y que por ello mismo nos parecen indiscutibles. Casi nos resulta difícil retroceder a la visión decimonónica y volver a aceptar la tendenciosa historiografía latina, que insistía en las diferencias que enfrentaban a Roma con las distintas culturas itálicas, concibiendo éstas, *a posteriori*, como meras víctimas destinadas por el hado o por sus defectos a la sumisión.

En este sentido, cuando Pallottino, tras décadas de investigación, publicó su *Storia della prima Italia*, lo que ofreció a los investigadores fue un verdadero «clásico». Así lo vieron quienes por entonces reseñaron la obra (entre ellos, J. Heurgon en *Gnomon* 58, 1986, y A. Domínguez Monedero en *Archivo Español de Arqueología* 58, 1985), y la respuesta editorial fue clara: inmediatamente aparecieron traducciones al alemán (Munich 1987), al neerlandés (Amsterdam 1987) y al inglés (Londres 1991). La versión francesa que ahora nos ocupa se añade al panorama, aportando además un traductor inusualmente cualificado: el conocido estudioso del urbanismo romano Edmond Frézouls, que ha encontrado tiempo entre sus múltiples estudios sobre teatros y yacimientos de Galia, Siria y Anatolia para rendir homenaje al maestro.

Sin embargo, a pesar de lo que a veces se ha dicho, la *Storia della prima Italia* no es un manual. Puede parecerlo por su tamaño, por la sencillez de su lenguaje y por su carácter de síntesis —es capaz de ofrecer la historia de toda la Italia prerromana en una introducción historiográfica y cuatro capítulos breves (Orígenes, Arcaísmo, Crisis y Romanización)—; pero su lectura exige, en muchos casos, un conocimiento previo de datos y problemas debatidos en estas últimas décadas. Pallottino prescinde de las alternativas que rechaza, traza sus líneas directrices con limpieza, sin perderse en ramificaciones, y logra de ese modo darnos su visión definitiva de un mundo que le ha ocupado durante toda su vida.

Ante nosotros queda, por tanto, una imagen concreta de la Italia primitiva: la que ha de servir de base para el futuro, sea para seguirla, sea para combatirla. La compleja problemática de la indoeuropeización de la península y las inciertas correspondencias entre pueblos, lenguas y culturas materiales de la Edad del Bronce. Las relaciones entre las colonias griegas y el desarrollo urbano de la costa tirrena durante el arcaísmo (con una inesperada importancia concedida a Sibaris y su fortuna política). Los movimientos célticos. Las guerras entre Roma y sus vecinos... Prácticamente no falta nada, y no hay idea fecunda de las manejadas hasta hoy que no sea mencionada, aunque sea de paso. Además, la historia de las distintas culturas se entrelaza de forma inteligente, salvando el peligro de la yuxtaposición inoperante y de la compartimentación excesiva a que hubiera podido llevar una pasión por la cronología o por un ficticio «equilibrio» en el tratamiento de los distintos pueblos.

Y, sin embargo, al leer cuidadosamente el texto, se advierten los que pueden ser sus aspectos más discutibles, acaso susceptibles ya de revisión. Entre ellos, señalaremos por su peso interpretativo la tendencia a ver los pueblos con una unidad interna probablemente

ficticia, aunque basada en la tradición literaria: si, como bien sabemos, las ciudades griegas se enfrentaron a menudo unas a otras, cabría replantearse la actuación conjunta de los etruscos, tan fácilmente asumida en general. Y parece difícil explicar las guerras que enfrentaron a Roma con los demás pueblos de Italia sin tener en cuenta las tensiones internas más o menos profundas que cada sociedad sufría de hecho. Bastaría recordar, en el caso particular de Etruria, tan bien conocido por Pallottino, el papel determinante que desempeñaron las querellas entre «siervos» y «príncipes», tanto en la suerte de las hostilidades como en el proceso de romanización en que desembocó la derrota.

MIGUEL ÁNGEL ELVIRA

*La mobilité sociale dans le monde romain.*—Actes du Colloque de Strasbourg, novembre 1988, édités par EDMOND FRÉZOULS. Estrasburgo, AECR, 1992, 325 pp.

Acaso con menos frecuencia de lo que sería deseable, la historiografía suele volver sobre los temas importantes, a pesar de que durante algún tiempo hayan sido asumidos como virtualmente resueltos.

Una vez más, la Université des Sciences Humaines de Estrasburgo a través del Institut d'Histoire Romaine ha puesto a disposición del público interesado una excelente monografía, fruto de otro de sus ya tradicionales Colloques. Bajo la coordinación de Ed. Frézouls, se aborda aquí un tema interesante y, no por conocido, bien estudiado. En efecto, no se trata de un tema nuevo, cuyo eco remite a escritos ya clásicos en la obra de historiadores como P. Charanis, 1944-45; M. Nuyens, 1958; E. Stein, 1959; A.H.M. Jones, 1963; R. Macmullen, 1964; W. Kunkel, 1973; R. Teja, 1973; W. Goffart, 1974; K. Hopkins, 1974; y G. Bravo, 1980 (*Coyuntura sociopolítica y estructura social de la producción en la época de Diocleciano. Génesis de la sociedad bajoimperial*, Salamanca 1980, pp. 354-355, n. 287 [con precisa indicación bibliográfica sobre autores y obras *supra* citados]). Naturalmente, otros autores, con nuevos enfoques y distintos planteamientos han abordado de nuevo el tema de la movilidad social desde ópticas y presupuestos muy diferentes, que van desde la descripción de contenidos de un proyecto de investigación sobre base informática (G. Alföldy) a estudios de corte clásico, pero muy bien documentados y con hipótesis novedosas como los de Ed. Frézouls y E. Pack, por citar un ejemplo. El orden alfabético de autores en el índice no refleja la verdadera estructuración del *Colloque*, claramente dividido en tres secciones: la primera, referida a «los factores», contiene estudios sobre «la oratoria tardo-republicana» (J.-M. David, p. 7 ss.), «el comercio» (J. Andreau, p. 21 ss.), «el matrimonio» (M.-Th. Raepsaet-Charlier, p. 33 ss.), «la correspondencia de Plinio» (H. Pavis D'Escurac, p. 55 ss.) y el ya citado de G. Alföldy (p. 71 ss.); la segunda, referida a «los estudios de ámbito general», incluye otra serie de investigaciones sobre «los notables italianos al final de la república» (M. Cébeillac-Gervasoni, p. 83 ss.), «la promoción al *ordo equester*» (S. Demougin, p. 107 ss.), «los esclavos y libertos imperiales» (G. Fabre, p. 123 ss.), «los *primi pili*» (J. Kolendo, p. 161 ss.), y «los bárbaros al servicio del Imperio» (A. Chauvot, p. 173 ss.); la tercera, referida a problemas regionales como las «aristocracias locales» de la Galia (M. Christol, págs. 187ss.) y de las provincias renano-danubianas (L. Mrozewicz, p. 215 ss.), la «promoción de la esclavitud al flaminado», también en la Galia romana (Y. Burnand, p. 203 ss.), el «paso de aldea a ciudad» en Egipto romano (J. Schwartz, p. 223 ss.), y, en fin, los dos estudios ya citados de Ed. Frézouls sobre «la movilidad social en Asia Menor romana» (p. 231 ss.) y de E. Pack sobre «la movilidad bajoimperial, a propósito de los *monetarii* de Antioquía» (p. 253 ss.).

Como cabría esperar de una monografía de estas características, el discurso histórico sobre la movilidad social en época romana ha cambiado sustancialmente en los últimos años en varios sentidos. En primer lugar, es de agradecer que sea precisamente G. Alföldy —reconocido epigrafista— quien nos recuerde que la «movilidad social del Imperio Romano» no se observa sólo en la epigrafía sino también en los escritos literarios de la época (vid. p. 78 s.). Por otra parte, no se trata ya de conocer, como pretendían Jones y Macmullen, las posibilidades de evasión fiscal a través de la movilidad de los individuos de un lado al otro del espectro sociológico, sino más bien de determinar las posibilidades reales de promoción que, en muchas ocasiones, llevaban consigo un cambio de status jurídico o, al menos, social. Dicho de otro modo, hoy no interesa tanto conocer los casos de la movilidad social horizontal, de la que aquí se presentan todavía algunos ejemplos: M.-Th. Raep-saet-Charlier considera al «matrimonio senatorial» como un buen indicador de la movilidad social «à l'intérieur des couches supérieures de la société romaine» (vid. p. 51) y H. Pavis D'Escurac concluye asimismo que las promociones solicitadas al emperador por algunos miembros de la clase dirigente romana eran básicamente conservadoras y no iban encaminadas a «bouleverser les réalités sociales» (vid. p. 68); también J. Kolendo percibe un movimiento similar en el caso de los *Primi pili* (vid. p. 170 s.) y el malogrado J. Schwartz en el análisis del paso «du village à la ville» en el Egipto romano (*ibid.* p. 228 ss.) En otros casos, sin embargo, el fenómeno de la movilidad social tiene un carácter vertical, que se justifica por muy diversas razones: la propia «dinámica de las evoluciones sociales y económicas de los últimos decenios de la República han permitido la constitución de una nueva elite urbana» (M. Cebeillac-Gervasoni, vid. p. 106) en algunas regiones de Italia, de la misma forma que un liberto imperial podía finalmente ser admitido en el orden ecuestre (S. Demougin, vid. p. 121) aunque G. Fabre (p. 158 s.) llega a conclusiones radicalmente opuestas y considera la promoción de los libertos imperiales como casos excepcionales (*ibid.* p. 156); también esta visión es ratificada por el estudio de A. Chauvot sobre la promoción social de algunos militares y funcionarios de origen bárbaro (vid. p. 184) y ante todo por los dos estudios que cierran brillantemente este volumen.

Basado en el análisis de los datos proporcionados por dos conocidos repertorios de colecciones epigráficas (*Tituli Asiae Minoris e Inschriften Griechischer Städte Kleinasiens*), Ed. Frézouls propone la valoración e incidencia de las tres formas básicas de movilidad social en Asia Menor, desde época tardorrepública hasta el siglo III, a saber: acceso a la ciudadanía, promoción al *ordo* ecuestre y acceso al orden senatorial; el estudio se basa en las inscripciones publicadas de 45 ciudades asiáticas (vid. p. 232 s.), a partir de las cuales se realizan recuentos onomásticos por ciudades y épocas, estimaciones estadísticas sobre el status social de los beneficiarios así como sobre los gentilicios imperiales (*Julioi, Klaudioi, Flauioi, Aurelio*) incluidos en la onomástica personal de los ciudadanos de estas comunidades.

Por su parte, E. Pack analiza los elementos característicos de la movilidad social bajoimperial en los sectores medios e inferiores de una comunidad oriental (Antioquía), referida a la época del emperador Juliano. Se aprecian aquí dos interesantes fenómenos, básicos y, en cierto modo, interdependientes: la movilidad ascendente y la descendente, conforme a la escala de status bipolarizado asumida para la sociedad tardorromana, y que la propia legislación se esforzó en vano en mantener, como hace años demostró Macmullen.

En suma, profesionales e interesados en la historia social romana tienen a su alcance una publicación que, en los próximos años, hará cambiar muchos de los esquemas académicos aún vigentes.



ROSENSTEIN, NATHAN S.—*Imperatores Victi. Military Defeat and Aristocratic Competition in the Middle and Late Republic*. Berkeley - Los Ángeles - Londres, Univ. of California Press, 1993, XII + 224 pp.

La tesis defendida por el Prof. Rosenstein en esta obra es simple, y sorprendente: en la República romana, una derrota militar no arruinaba necesariamente la carrera política del general vencido; en muchos casos, incluso, le podía deparar beneficios adicionales. Los datos históricos, examinados en el capítulo primero de la obra («Military Failure, Political Success», pp. 9-53), avalan su afirmación: entre 390 y 49 a.C., hay documentados entre 12 y 14 procesos judiciales contra generales derrotados, pero en el mismo período son 92 los *imperatores uicti* que no se han enfrentado a persecución alguna a su vuelta a Roma, donde han continuado sin mayores complicaciones su carrera política.

La explicación hay que buscarla, según el autor, en el entramado de reglas y normas que regulan, por medio de sutiles y dúctiles equilibrios, la competición aristocrática por los puestos de gobierno en el sistema republicano (introducción: «The Problem of Limits on Aristocratic Competition», pp. 1-18). Para que éste funcione adecuadamente, señala el Prof. Rosenstein, es preciso que haya un número suficiente de candidatos compitiendo por unas pocas magistraturas y, lo más importante, que de ningún modo se produzca una acumulación de poder (p. 68), lo que de hecho podía ocurrir si, a la postre, sólo se consideraba capacitados para el mando a aquellos jefes militares que hubieran triunfado en el campo de batalla: esto habría convertido a la aristocracia gobernante en una reducida casta de guerreros (p. 178). De ahí que se establecieran límites en el juego de la confrontación política, reglas no expresadas formalmente, pero sí aceptadas de forma tácita por todos los participantes, especialmente en los períodos medio y final de la República (pp. 157-164).

Tales límites fueron articulados e insertados en ese ideario religioso, moral y militar que era el *mos maiorum*. En primera instancia, el general derrotado siempre tenía a mano la posibilidad de achacar su fracaso, bien a los dioses, bien a sus soldados: ambas instancias resultaban creíbles para sus pares y también para el pueblo, ya que formaban parte de una tradición aceptada por todos. De hecho, nuestras fuentes documentan la frecuencia con que se recurría a la ruptura de la *pax deorum* como explicación de los desastres militares (p. 89-90), lo que eximía de toda responsabilidad al *uictus* (Capítulo segundo «Defeat and the Pax Deorum», pp. 54-91, la parte más lograda del libro, con diferencia). Ciertamente, siempre quedarían por aclarar las razones de esta quiebra de las relaciones con los dioses, y la parte que en ella correspondía al general —que, al fin y al cabo, era quien debía asegurarse del favor divino por medio de los augurios—, pero el propio sistema religioso ofrecía medios para restaurar la *pax* y, además, permitía descargar las eventuales acusaciones de irregularidades en el cumplimiento del ritual sobre los «expertos», los sacerdotes que asistían al general en las ceremonias (pp. 63-65). Por otra parte, la intervención divina «garantizaba» la inevitabilidad del desastre, lo que hacía aún más inocente al general (pp. 70-75), y en último término servía para reforzar la adhesión del pueblo en torno a una aristocracia que controlaba en exclusiva las relaciones con los dioses (pp. 86-87).

Además de los dioses, estaban los soldados: de éstos se esperaba un comportamiento y unas cualidades físicas y mentales para el combate tales que, en último término, justificaban el resultado final de una batalla (capítulo tercero, «Defeat and the Virtus Militum», pp. 92-113). Así, un general también podía exonerarse de toda responsabilidad en la derrota achacándola a la falta de la *virtus militum*, a que los soldados no habían «cumplido con su deber». Lo sorprendente es que este tipo de ideas, que únicamente servían para defender los intereses de la aristocracia, también parecían ser compartidas por el pueblo, por los propios soldados (p. 107).

Además de explicar su derrota de ésta manera, el *uictus* tenía en el ideario ético de la aristocracia medios y recursos para salir con bien del trance (capítulo cuarto, *Aristocratic Ethos and the Preservation of Status*), pp. 114-152). Últimamente gana terreno la idea de que la preparación técnica, los conocimientos tácticos de los *imperatores* y, en general, de los altos oficiales del ejército republicano dejaban bastante que desear («green commanders» llama el autor a muchos de los generales puestos por el Senado al frente de ejércitos romanos, p. 172; vid. B. Campbell, «Teach Yourself How to Be a General», *JRS* 77, 1987, pp. 13-29). Como en tantas otras épocas, también en Roma eran los «sargentos», soldados experimentados y curtidos, quienes en último término ganaban las guerras. ¿Qué se esperaba, entonces, de un general romano? Más que conocimientos técnicos, capacidad de liderazgo, demostrada por medio del valor, la sangre fría y la determinación en medio del combate, un comportamiento que ofreciera a sus soldados ejemplo, que les inspirara confianza (pp. 114-115). Similares virtudes debía exhibir en el momento amargo de la derrota: entereza, presencia de ánimo, ningún abatimiento o signo de debilidad altivez, incluso, si la situación lo requería (p. 133). Un general que enfrentara la adversidad según los patrones tradicionales, podía tener la seguridad de que su carrera política proseguiría sin problemas: había hecho lo que de él se esperaba (p. 116).

La obra del Prof. Rosenstein es una de las contribuciones más interesantes e iluminadoras de los últimos años al estudio del funcionamiento del sistema republicano, abordado aquí desde un punto de vista que a primera vista podría parecer marginal, pero que implica, en realidad, a todos los agentes que en él tomaban parte, recordándonos que en Roma la religión, la guerra, el ideario moral... son una y la misma cosa con la política. Su tesis, novedosa y polémica, está sólidamente argumentada y es coherente con los datos ofrecidos por las fuentes y con la imagen que los trabajos más recientes nos están brindando de la República romana.

JOSÉ J. CAEROLS PÉREZ

SIMELON, P.—*La propriété en Lucanie depuis les Gracques jusqu'à l'avènement des Sévères. Étude épigraphique*. Bruselas, Collection Latomus, vol. 220, 1993, 216 pp. + 5 mapas.

Este libro recoge el contenido fundamental de una tesis de doctorado leída en la Universidad Libre de Bruselas en 1990.

Como ya se indica en el subtítulo, las fuentes utilizadas son primordialmente epigráficas: «Sin los estudios epigráficos no hay historia social que se tenga en pie» (p. 10). Sin embargo, el autor declara que ha dejado fuera las marcas sobre objetos de cerámica, decisión que parece un tanto arriesgada tratándose de un estudio socio-económico; tampoco ha tenido en cuenta, suponemos que por razones de comodidad de consulta, los epígrafes que mencionan a personas de origen lucano, encontrados fuera de Lucania: esta segunda restricción impone límites al conocimiento de las relaciones con el exterior, y cierra los ojos a los desplazamientos. El *dossier* epigráfico utilizado comprende 894 textos; como era de esperar, la ciudad con mayor volumen de epígrafes es *Paestum* (301 inscripciones); le siguen a larga distancia *Volcei* (143) y *Potentia* (103). La consulta de *AE* se detiene en 1983.

La obra se divide en dos partes: la primera, que consta de siete breves capítulos, describe distintos aspectos de la sociedad en la región lucana. El conjunto del material que sirve de base se revela escaso a la hora de extraer conclusiones, que resultan en su mayoría endebles.

La segunda parte está constituida por tres listas prosopográficas que atienden a tres categorías sociales: los militares, los *uici* y *actores*, y los notables. El *dossier* de notables

es el de mayor extensión y es el que ofrece mayor interés. Se presentan estos notables agrupados en familias: son en total 144 grupos familiares de nombre conocido. En esta categoría se incluyen tanto quienes desempeñaron cargos senatoriales y ecuestres como los que tienen relevancia solamente a nivel local. Esta heterogeneidad resulta más llamativa por el hecho de que entre los notables locales se han tenido en cuenta también los *Augustales* que, como es bien sabido, eran libertos aunque fueran en ocasiones muy ricos. Su presencia entre magistrados locales, *equites* y *senatores* resulta chocante; lo mismo puede decirse de los *Mercuriales*, *Herculanei* y *magistri Matris Bonae*, socialmente asimilados a los *Augustales*. Extraña, por otra parte, la ausencia de *negotiatores* o *mercatores* en un territorio en el que se producían y exportaban aceptables vinos y se cultivaban también cereales y aceite.

En algunos casos, una mayor profundidad en el estudio de los datos hubiera permitido deducciones de más alcance. Un ejemplo: según la interpretación de Simelon (pp. 113-114), que es la generalmente admitida, la *Heluia Procula* que figura en un epígrafe de *Cosilinum* (AE 1966.106) como dueña de una finca, era la esposa del senador *C. Dillius Vocula*; sabemos por otra parte que a *Vocula* se le atribuye origen cordobés; podemos deducir por tanto la pervivencia de la posesión de bienes en su región de origen, por parte de la esposa de un senador provincial. Por otro lado, vemos —por la onomástica de la familia del *uilicus*— que la administración de estos bienes estaba en manos de libertos de la familia de la dueña: los *Heluii*, originarios de *Atina Lucana*; por último, podemos fijar el momento al que corresponde esta situación: sería la época de Nerón (*Vocula* murió en el a. 70). Se echan en falta deducciones de este tipo.

Estamos, por tanto, ante un aceptable trabajo de principiante, que no alcanza conclusiones de mucho interés: en parte por la escasez de las fuentes, y en parte porque no se les ha sabido extraer todo el contenido.

CARMEN CASTILLO

BELTRÁN, JOSÉ y FERNANDO GASCÓ, edd.—*La Antigüedad como argumento. Historiografía de Arqueología e Historia Antigua en Andalucía*. Sevilla, Universidad, 1993, 221 pp. + 9 ilustraciones.

El libro que aquí nos ocupa tiene como fundamento un ciclo de conferencias organizado en la Universidad de Sevilla por los profesores José Beltrán y el recientemente desaparecido Fernando Gascó en el que participaron investigadores de diversas Universidades españolas y cuyo *leitmotiv* no era otro que el llamar la atención sobre el interés que la Historia Antigua y especialmente la Arqueología del área andaluza ha despertado entre los eruditos y estudiosos desde el Humanismo Renacentista; se incluye por lo tanto esta obra en un tema de total actualidad como lo demuestra la celebración en el mes de noviembre de 1995 de un Congreso dedicado al análisis del carácter de la relación entre la Arqueología y las autoridades españolas en los siglos XVIII y XIX.

Las primeras cinco contribuciones presentan el denominador común de mostrarnos en qué grado y los motivos, en no pocas ocasiones relacionados con el ambiente cultural de cada época, por los que desde dentro del ámbito bético se desarrolla un innegable interés por su historia más remota y por supuesto por los abundantes vestigios que de ella se encuentran en ese solar. De tal forma que Fernando Gascó («Historiadores, falsarios y estudiosos de la Antigüedad andaluza», pp. 19-28), en una contribución que bien puede interpretarse además de su valor intrínseco como una introducción general a lo que es la temática del libro, comenta las obras de los eruditos locales andaluces, los falsos cronicones,

el coleccionismo privado o la labor de la Academia de las Buenas Letras de Sevilla, concluyendo con una llamada de atención sobre el fruto que podemos obtener de este tipo de estudios: comprender el «... importante significado y papel que desempeñó el pasado o la historia, tal como se les concibiera, para crear identidades, símbolos y puntos de referencia para los pueblos y ciudades de Andalucía». P. León («Las ruinas de Itálica. Una estampa arqueológica de prestigio», pp. 29-61) nos conduce en un viaje ilustrativo por los motivos que provocaron la atracción sobre la ciudad de *Italica* así como por las «excavaciones» que allí se realizaron desde el siglo XVIII, quedando claramente de manifiesto los evidentes perjuicios que ello provocó (saqueos, etc.). J. González («Historiografía epigráfica andaluza [ss. XV-XVI]», pp. 63-84) y R. Atencia («Aportaciones de la historiografía al estudio y localización de las ciudades romanas de Andalucía», pp. 85-103) tienen como hilo conductor de sus respectivas contribuciones el material epigráfico, dedicándose el primero a realizar, desde una óptica plenamente europea, un comentario sobre los repertorios que incluyen epígrafes andaluces (especialmente el *CIL II*), mientras que el segundo llama la atención sobre los estudios de topografía antigua que tienen una base esencialmente epigráfica, ejemplificando la utilidad que se dio desde el siglo XVI a estos estudios en torno al área de Antequera. Otro de los editores, J. Beltrán («Entre la erudición y el coleccionismo: Anticuarios andaluces de los siglos XVI al XVIII», pp. 105-124), reivindica la utilidad de las historias locales elaboradas con los eruditos de cada zona, especialmente la cordobesa, al documentar con mayor o menor fidelidad materiales hoy día desaparecidos. La aportación de M. Á. Elvira («La actividad arqueológica de D. José Nicolás de Azara», pp. 125-151), se aparta del área andaluza al presentarnos la actividad como excavador, coleccionista y estudioso de las antigüedades romanas de este embajador español en la Santa Sede en los decenios finales del siglo XVIII. Las tres siguientes contribuciones están dedicadas a mostrarnos en qué medida fenicios, tartesios e iberos, tan relacionados con el área andaluza, suscitaron el interés de la comunidad científica. Así J. Alvar («El descubrimiento de la presencia fenicia en Andalucía», pp. 153-169), aunque se detiene brevemente en determinar en qué grado interesa y se comprende esta presencia fenicia en el siglo XVIII, analiza especialmente el contexto de los estudios a ella dedicados entre el siglo XIX y la primera mitad del XX. Por su parte, G. Cruz Andreotti y F. Wulff («Tartessos. De la historiografía del s. XVIII a la del XX: Creación, muerte y resurrección de un pasado utópico», pp. 171-189) han considerado establecer las líneas del tratamiento del tema tartésico desde que es incluido en una tradición que se acerca a la concepción del pasado hasta la obra de A. Schulten. Por último, A. Ruiz («Vida, muerte y resurrección de los iberos», pp. 191-204), con una contribución muy amena, analiza las diversas perspectivas adoptadas en el siglo XIX y primera mitad del XX ante el mundo ibérico, especialmente en su faceta artística; ejemplifica el autor cómo los descubrimientos materiales de la cultura ibérica fueron instrumentalizados buscando en ellos connotaciones que pudieran ser útiles a las líneas intelectuales oficiales de cada momento. El libro se cierra con un Apéndice en el que J. I. Buhigas y E. Pérez Fernández («El Marqués de la Cañada y su gabinete de Antigüedades del siglo XVIII en el Puerto de Santa María», pp. 205-221) nos presentan esencialmente la biografía de Guillermo Terry que en el siglo XVIII en torno a Cádiz y el Puerto de Santa María reúne una importante colección de antigüedades, no exclusivamente andaluzas.

En definitiva estamos ante una obra colectiva en la que las distintas contribuciones nos recuerdan que nosotros, interesados por la Antigüedad en sus múltiples facetas, somos, por qué no admitirlo, deudores del interés que también mostraron por este período de la historia gentes con similares inquietudes a las nuestras aunque su forma de proceder en este interés sea distinta a lo que es la elaboración científica actual del pasado antiguo del hombre. Queda este libro como una de las últimas contribuciones del Prof. Fernando Gascó que tanto

impulsó el estudio de la Antigüedad en este país en las últimas décadas; deseamos que José Beltrán continúe trabajando y fomentando este tipo de estudios desde la Universidad de Sevilla.

MARGARITA VALLEJO GIRVÉS

#### V. RESEÑAS BREVES

BRANCATO, N. G.—*Il «caso Ceccano». Fabrateriae Veteris inscriptiones*. Roma, Artecó, 1994, 238 pp.

Explica el autor en nota introductoria las vicisitudes que le han conducido a la edición de este volumen, en el que reproduce un material ya publicado por S. Antonini en 1988. El interés que concede a 11 inscripciones recogidas por él en 1969-1971, y publicadas luego por F. Barbieri, se refleja en el hecho de que a estos epígrafes ha reservado una parte del libro, la primera, y los ha acompañado de fotografías, cosa que no ocurre más que excepcionalmente a las 26 inscripciones que componen la segunda parte de la obra. En una tercera parte se reúnen observaciones sobre las características y el contenido del material utilizado. Un epitome, redactado en un latín algo torpe y no siempre correcto —el autor no está familiarizado con las formas de expresión que se encuentran en los volúmenes del *CIL*— cierra este catálogo de inscripciones procedentes de la antigua *Fabrateria Vetus*, hoy Ceccano, en territorio volseo.

CARMEN CASTILLO

*La guerra de Hispania*.—Edición bilingüe de JOSÉ CASTRO SÁNCHEZ. Madrid, Ediciones Clásicas, 1991, 106 pp.

Se trata de una edición bilingüe latín-castellano del *Bellum Hispaniense*, obra anónima escrita, muy posiblemente, por alguno de los colaboradores de César y que narra el epílogo de la guerra civil.

La obra es importante como fuente directa de los últimos acontecimientos de la guerra civil entre César y el partido de Pompeyo y, desde el punto de vista filológico, por el carácter vulgar que ofrece el texto a pesar de estar realizado en uno de los momentos más fructíferos de la época clásica.

El texto latino sigue, fundamentalmente, como el propio autor nos indica, la edición de Pascucci, si bien recoge, en el aparato crítico, las lecturas de otros editores, códices o manuscritos.

La traducción ha sido realizada con una literalidad intencionada respecto al texto latino, lo que hace que resulte a veces oscura, pese a a los esfuerzos del autor por evitarlo insertando continuamente referencias que aclaren el sentido que, de otra forma, resultaría enormemente críptico. Situación que se complica aún más por el deficiente estado de conservación del texto, repleto de lagunas que, en la mayoría de los casos, es imposible reconstruir.

El autor nos ofrece, además, como complemento de su trabajo, 163 notas aclaratorias de la traducción, así como índices de antropónimos y topónimos y mapa explicativo de la batalla de Munda.

MATILDE CONDE

GIGANTE, MARCELLO.—*Orazio: l'efimero diventa eterno*. Venosa, Edizioni Osanna, 1994, 124 pp.

La extensísima bibliografía horaciana cuenta con un nuevo libro del Prof. Gigante, que ya había publicado, en esta misma colección dirigida por Paolo Fedeli, otro bien conocido bajo el título de *Orazio. Una misura per l'amore*. Seis capítulos más «qualche conclusione» y los correspondientes índices de pasajes y autores antiguos y modernos constituyen esta nueva aportación, que ha de enmarcarse en el contexto de las Celebraciones del Bimilenario de la muerte de Horacio en Italia.

Una única idea recorre, confiriendo unidad a los diferentes estudios que no sirven sino de ejemplificación de la misma, estas páginas de M. Gigante: la poética horaciana resulta original y moderna, al mismo tiempo, por su capacidad de convertir un momento —o una persona— perecedero y fugaz en un arquetipo de validez universal. Todos los elementos que sirven a la construcción del poema, desde la palabra al mundo espiritual que la anima —representado por personales imágenes y figuras—, se aúnan para alcanzar, con medios aparentemente modestos, la eternidad. Dentro de ese imaginario estético cumplen su función con eficacia el paisaje umbrío de Tívoli frente al luminoso bullicio romano y la grandeza del Campidoglio, la humilde y laboriosa abeja, el esquivo recuerdo autobiográfico, la expresión de su concepción amorosa (Horacio canta el amor y el desamor como contemplación y gesto de un instante inmediato), etc. En definitiva, es la meditada y culta sencillez —aprendida de los modelos helenísticos— la única y definitiva vía para alcanzar la inmortalidad.

El lector podrá encontrar en este librito ideas unas ya conocidas, otras menos, reelaboradas todas con primor y reinterpretadas ahora a la luz de un común denominador que permite explicar la sorprendente coherencia con que se traba toda la obra horaciana.

ANTONIO ALVAR EZQUERRA